

Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 133 – 24 de mayo de 2016

En este número

1. **Antonio, Gonzalo Cerezo Carredo**
2. **Igual que aquí, Manuel Parra Celaya**
3. **Miguel de Unamuno, José M^a García de Tuñón Aza**
4. **Un Goya y mucha impostura en *Hijos de la Tierra*, Fernando José Vaquero Oroquieta**
5. **Arnaldo Otegui, el cobarde, La Tribuna del País Vasco**
6. **Autoflagelarnos, Serafín Fanjul**
7. **Echenique: la confesión olvidada de un científico podemista, PD**
8. **Cosas del progresismo: Empleo basura en la compañía de Begoña Gómez, Periodista Digital**

Antonio

Gonzalo Cerezo Carredo

Antonio Castro Villacañas, naturalmente. Siempre Antonio, para mí y muchos amigos y camaradas. Pongamos que yo era ambas cosas desde mi aterrizaje estudiantil en Madrid.

Un chico de provincias llegado desde Gijón. En el Seminario Central del Frente de Juventudes, con Jorge Jordana de jefe. En SEU, también con Jorge. En *Juventud*, con Chuchi e Ismael Medina. En *Alcalá* y *La Hora*, con Jaime Suárez y Miguel Angel Castiella. En el colegio mayor *Santa María*, con Del Moral de rector, primero, y el propio Antonio después.

Era «el comienzo de una larga amistad» que las idas y venidas de nuestras trayectorias vitales, como las olas, alejaban o acercaban inopinadamente. Amigos varios la compartían. Cuando «los de fuera» volvíamos a provincias alternábamos, en cartas, escritos y bien intencionados poemas, esperanzas e inquietudes. Las borrosas fronteras de la edad y la comunidad de ideas, creencias, lecturas y aficiones nos unían. Algunos ya se han ido, como Jorge, Marcelo Arroita Jauregui o Luis Ortega, Salvador Gay, Chus con el mismo apellido, pero sin parentesco. Otros resistiendo por esta España ancha, como Juan Echevarría, persistiendo, desde Barcelona, en mantener los lazos entrañables de aquel tiempo. Al propio Juan le gusta decir que somos los mismos, aunque quizá no somos ya lo mismo.

Al igual que ocurría con tantos otros miembros de aquella generación entre paréntesis, que no tiene –todavía– un nombre que la singularice, nuestras vidas paralelas corrían su destino. A veces confluían en el río común de la historia. No siempre nos gustaba la que se escribe con mayúsculas, de la que nos sentíamos excluidos.

Destacaba como un falangista doctrinario, ferviente y preparado

Sí que para muchos, los más jóvenes, este nombre no tenía la resonancia debida. Pero yo quería con todo mi corazón romper ese silencio que siempre ha marcado una nota indebida en el acontecer de su vida. Conoci a Antonio Castro en los primeros años de existencia de las Batallas Falangistas Juveniles de Franco. Pronto destacó como un doctrinario ferviente y preparado. Puedo decir que, con absoluta seriedad y con un rigor intelectual inabarcable, profundizó en el fondo del ideal al que había servido. Ocupó puestos de mucha responsabilidad en el Sindicato Español Universitario (SEU), y llegó a conseguir que se promulgara el Estatuto del Estudiante en 1964. Orador elocuente y periodista de raza, ejerció un magisterio que muchos hombres que lo conocieron no podrán olvidar jamás. Era valiente, decidido y...



...sin con brillantez, ecuanimidad y sin desdoro de su filiación política. Fue procurador en Cortes desde 1969 y por designación del Castillo, consejero nacional del Movimiento desde 1974. Y desde 1977 hasta 1980, año en el que se jubiló, ejerció como inspector general jurídico del Ministerio de Obras Públicas. No he conocido a nadie con tanta calidad humana, con tanta fuerza de convicción, con tanta austeridad valiente. La última vez que le escuché, fue en una gran conferencia que pronunció en la Gran Peña. Hablábamos con frecuencia y yo me enriquecía con el extraordinario rigor de sus reflexiones y con el énfasis de una fe que jamás conoció ni la quiebra ni la derrota. Era un bienaventurado que ejerció la política y el periodismo con dignidad y sin el menor género de cobardía. Era todo un ejemplo. Su recuerdo me acompañará siempre porque inspectoras como la suya enriquecen nuestro corazón que hoy le guarda un infinito agradecimiento, porque también a mí me otorgó lecciones de moral política difícilmente superables. Desde ese tiempo cielo de primavera en el que...

Eran tiempos para el recuerdo y la nostalgia, que nos reunían en tertulias y yantares, para sobrellevar la dolorida memoria. Ángel María Pascual era nuestro poeta de cabecera (*...en tu propio solar quedaste fuera...*).

En el desaparecido *Bulevar*, recuerdo la que nos convocaba últimamente. A un lado de la mesa Antonio, oficiando de incitador y/o (in)moderador; Eduardo Navarro, Chozas, Cañellas, Buceta, Gibello... Al otro lado, con diferencia de años y no sólo de holgura de manteles, Jesús Suevos, Chemari –dos históricos de Falange– Emilio Romero, Félix Morales; un enigmático general de Inteligencia –que nunca hablaba, pero se fijaba mucho tras sus ineludibles gafas oscuras– y alrededor animosos camaradas que no dejábamos nunca de acudir a la cita mensual con el recuerdo.

Pese a todas las contradicciones generacionales, unos cuantos llegamos hasta los aledaños de la gran Historia de la mano de hombres que, como Suanzes en el INI, Arrese en el primer Ministerio de Vivienda, Cavestany en su reforma agraria, o Licinio de la Fuente en un ministerio de Trabajo que prolongaba los límites de la Seguridad Social, estaban escribiendo.



Aun quedaba mucho camino por recorrer. El asesinato de Carrero –ahora lo vemos con toda crudeza– empujó al Régimen por el despeñadero de la gran Historia y el decurso del tiempo pisó bruscamente el acelerador.

En aquellas horas inquietantes el futuro se deslizaba peligrosamente por el filo de la navaja.

En la crisis subsiguiente, Utrera, otro «chico de provincias» de nuestra generación, curtido ya por el exitoso paso por tres gobiernos civiles, la Subsecretaría de Trabajo y la cartera ministerial de Vivienda, fue designado ministro Secretario General del Movimiento.

En cierto modo aquello suponía el reconocimiento del relevo. Tardío, demasiado tiempo esperado, de aquella promoción de los hermanos menores que no hicimos la guerra. Por primera vez un «flecha» llegaba a ostentar la máxima jerarquía del Movimiento. Por sí solo esto era un acontecimiento.

Utrera nos llamó a colaborar con él en puestos de responsabilidad; a Antonio, delegado nacional de Prensa; Eduardo Navarro, secretario general Técnico, y a mi, director de su Gabinete, promoviéndonos al mismo tiempo a Consejeros Nacionales por designación directa del jefe del Estado. Fueron tiempos turbulentos en los que la Secretaría General se vio en medio del fuego cruzado de la batalla política de las asociaciones. Hubo baja... por fuego amigo. La primera la de Antonio, víctima de «el gironzo». La segunda, de rebote de aquella bala perdida, el propio ministro Utrera. Hay otras historias y otros daños colaterales que no vienen a cuento ahora. Han pasado mucho tiempo y muchas cosas.

La vida y las tertulias siguieron devolviéndonos al mejor Antonio conversador brillante, observador crítico de la circunstancia, arraigado a sus más profundas fidelidades (cuando el yugo y las flechas habían desaparecido de la fachada del edificio de Secretaria General, descolgadas por sus últimos ocupantes) Antonio, contra toda corrección política, comenzó a lucirlas orgulloso en la solapa, sin que ello significara la fosilización de liturgias y pensamiento. Quiero decir que si Antonio era falangista lo era de la Falange de José Antonio, es decir la que, si José Antonio hubiera sobrevivido a aquella inevitable tragedia que dividió a los españoles, habría repensado y querido para nuestro tiempo.

La vida (administrativa) envió a Antonio al exilio interior de «la provincia»: a Tres Cantos, término municipal de Colmenar Viejo, ciudad experimental del ministerio de Vivienda creada para ordenar el desordenado crecimiento urbanístico de Madrid.

Las tertulias recuperaron, como dije, su función esencial: hablar de lo que fuera, pero hablar.

En una de las comidas de *Bulevar*, recurriendo a su admirado Quevedo, (...*recogido en la paz de estos desiertos...*) nos anunció que la aluminosis le «expulsaba» de su refugio del barrio cada vez más acastizado de La Castellana a aquel apéndice serrano del neoMadrid. Los inconvenientes sumados de la edad y la distancia, le alejaron cada día un poco más de nuestros habituales encuentros, pero no de la pluma, tan irónica siempre y acerada como la de su maestro. Seguía escribiendo, incansable y agudo, sobre cuanto el áspero panorama español le acuciaba y a la manera de *El espectador* de su otro maestro Ortega, nos deleitaba aquí y allá con sus siempre atinadas *Apuntaciones*. Así pues la batalla continuaba. Te recordaremos por ellas y por tantas cosas más. Tu guerra, nuestra guerra, sigue, aunque los que la ganaron no estén seguros hoy de si no la están, estamos, perdiendo. Tendrás que seguir bregando. José Antonio ya nos lo advirtió: el paraíso no es el descanso.

Igual que aquí

Manuel Parra Celaya

Acabo de regresar de Italia, concretamente de Asti, donde he tenido la alegría de participar en los actos de la *Adunata*, multitudinario encuentro anual de los antiguos soldados alpinos, que ha conseguido triplicar la población de esta bella ciudad del Piamonte. Y ha sido allí en concreto donde, en constante examen de conciencia, he descubierto que soy terriblemente propenso a la envidia.

En efecto, he sentido envidia al contemplar como miles y miles de personas, de todos los estamentos sociales, procedencias geográficas y posiblemente opiniones políticas diferentes en lo accesorio se reconocían como ciudadanos entusiastas de una única nación sin fisuras y se hermanaban en cánticos y alegría. Igual que aquí.



He sentido envidia al escuchar el Himno Nacional italiano cantado al unísono por toda la población y los visitantes; voces de ancianos, jóvenes, mujeres y niños, estos últimos con el aprendizaje fresco de sus escuelas. Exactamente igual que en España.

He sentido envidia al comprobar la plena identificación de la sociedad civil italiana –incluyendo numerosos sacerdotes, que todo hay que decirlo– con su Ejército, y el orgullo de los antiguos *alpini* al llevar el *capelo* con la pluma en sus cabezas en todo momento. Igual que entre nosotros.

He sentido envidia al escuchar la algazara y el bullicio de un acontecimiento nacional y al experimentar también el absoluto y respetuoso silencio cuando sonaba el toque de oración por los caídos, por todos los caídos sin excepción. Lo mismo ocurre aquí.

He sentido envidia al oír la alocución del alcalde de la población en la que se hacía un panegírico de los soldaditos que protegen la paz, la unidad y el orden en el territorio italiano y defienden – textualmente en las palabras del *síndico*– «los valores de nuestra civilización cristiana y europea en las misiones internacionales» encomendadas. Lo mismo que en nuestros municipios.

He sentido envidia al reconocer los vínculos de camaradería entre personas que no se conocían entre ellas, pero se sentían identificadas en unos valores comunes de civilidad, italianidad, servicio y milicia, en una tradición ininterrumpida de generaciones. Lo mismo que en estos lares.

He sentido envidia al descubrir que conocen, desde niños, y asumen su historia completa, y se sienten orgullosos de ellas, con sus luces y sus sombras; y en esa historia se hermanan veteranos y jóvenes. Claro, no hay diferencia con lo que aquí ocurre.

He sentido envidia al asistir a una Eucaristía en la Catedral de Asti abarrotada, donde se ha rezado la *Plegaria del Alpino* por todos los difuntos y se ha entonado la canción a la *Señora de las Cimas*; recordé entonces aquel proverbio chino que rezaba «cuando las escaleras de los templos estén gastadas y las de los juzgados sin usar es que está bien gobernado un imperio».

La envidia se ha entrelazado con la emoción cuando se han izado las banderas del territorio, de Italia y la europea, con la corona de estrellas de la Virgen de la catedral de Estrasburgo; y me he sentido, más que nunca, ciudadano español y ciudadano europeo, de una Europa unida, no solo por la economía y el comercio, sino también por unos valores, unas creencias y una ilusión de futuro. Y daban fe de ello las delegaciones extranjeras invitadas a la *Adunata*: francesa, alemana, eslovena, suiza, búlgara..., y española.



Y la emoción ha crecido de grado cuando, a nuestro paso por las calles de Asti, el pueblo del Piamonte vitoreaba a voz en grito a España; y cuando las muestras de simpatía se concretaban en francos abrazos al reconocernos como españoles.

Me he reencontrado, en suma, con un viejo ideal: el del patriotismo en alegría y unidad, que es sueño en las mentes de unos cuantos y, a la vez, pesadilla en la evidencia de la España que nos ha tocado vivir.

Pues ya lo saben ustedes: me confieso envidioso. Me he colmado de envidia. De sana y santa envidia.

Miguel de Unamuno

José M^a García de Tuñón Aza

El ilustre vasco que amó a su Salamanca plateresca, que amó a la tierra de Castilla enjuta y despejada, y que amó a su patria España universal y eterna, falleció el 31 de diciembre de 1936 cuando después de comer se encontraba con el joven falangista Bartolomé Aragón que acababa de llegar del frente. Mirándolo fijamente a sus ojos, esperó a que Unamuno, a quien admiraba, comenzara a hablar. Las primeras palabras de aquel hombre solitario no se hicieron esperar:

Amigo Aragón, le agradezco que no venga usted con la camisa azul, como lo hizo el último día, aunque veo que trae el yugo y las flechas...Tengo que decirle a usted cosas muy duras y le suplico que no me interrumpa. Yo había dicho que la guerra de España no es una guerra civil más, se trata de salvar la civilización occidental; después dijo esto mismo el general Franco y ya lo dicen todos.

El falangista le escuchaba atentamente mientras le ofreció un ejemplar de una publicación de su partido que Unamuno no quiso ver y mientras golpeaba la mesa camilla, le dijo: «¡Aragón! ¡Dios no puede volverle la espalda a España! ¡España se salvará porque tiene que salvarse!», Y dicho esto dobló la cabeza, «como un Cristo agonizante», hasta que Bartolomé Aragón empezó a oler a quemado dándose cuenta que lo que se estaba chamuscando era la zapatilla de aquel hombre solitario que ya no notaba nada, aunque las brasas de la lumbre hubieran comenzado a

carbonizar todo su cuerpo. Estaba muerto, llamaron a un médico que no pudo hacer otra cosa que certificar su defunción. «A un hombre que había sufrido ya una larga agonía durante todo su vivir, Dios le concedió no tenerla a la hora de la muerte. Murió sin agonizar. Sin lucha. Sin tormento. Él, que era un constante atormentado. Murió en paz. Él, que siempre vivió en guerra. Dentro de la guerra, en su seno mismo, hay que buscar la paz; paz en la guerra misma».

Y, curiosamente, en Fuerteventura, desterrado por el dictador Primo de Rivera, y que significó para él todo un oasis de espíritu bebiendo de las aguas vivificantes que le valieron para salir refrescado y formalizado, continuando así su viaje a través del desierto de aquella civilización, donde en febrero de 1924 escribió el poema del *Romancero del Destierro*, que llega a describir las circunstancias de su muerte:

*Se acerca tu hora ya, mi corazón casero,
invierno de tu vida al amor del brasero
sentado sentirás,
y tierno derretirse el recuerdo rendido
embalsamando al alma con alma de olvido
de siempre y de jamás...*

Víctor de la Serna, de Falange, fue el encargado de organizar el homenaje póstumo: «Hemos de hacer cuanto esté en nuestra mano para enterrar a Unamuno como debe ser». A la mañana siguiente, en la parroquia de la Purísima, tuvo lugar el funeral oficiado por el párroco. Por la tarde la conducción del cadáver al cementerio de Salamanca. En las calles de Bordadores y Úrsulas no cabía una persona más. Son las cuatro. El hombro izquierdo del tenor Miguel Fleta, «vestido de falangista, soporta la carga proporcional del féretro. Tres periodistas, de azul mahón y con correaes -Víctor de la Serna, Antonio de Obregón y Salvador Díaz Ferrer- comparten con el tenor el peso del ataúd, sobre el que ha sido colocado el birrete negro de rector como atributo restituido de su dignidad vitalicia». A las cinco, la caja mortuoria entra en el nicho mientras en ese momento, alguien grita: «¡Camarada Miguel de Unamuno!». Los falangistas que asisten al sepelio, alzando el brazo y abriendo la mano, responden: «¡Presente!».



*Méteme Padre Eterno, en tu pecho
-misterioso hogar-,
dormiré allí, pues vengo deshecho
del duro bregar.*

Son sus mismas palabras grabadas sobre el nicho de aquel hombre solitario, que pasó por el dolor y la angustia de España, elegidas por su hijo Fernando.

Un Goya y muchas imposturas en *Hijos de la tierra*

Fernando José Vaquero Oroquieta

El documentalista navarro Javier Uriz viene recorriendo la geografía foral -y otros lugares de España- promocionando su film *Hijos de la Tierra*, del que es codirector, en instalaciones culturales de diversas localidades navarras, grandes centros comerciales, incluso en ¡la prisión de Pamplona! Una película merecedora del Goya al Mejor Cortometraje Documental Español, concedido en la gala de 2016 celebrada el pasado 16 de febrero. ¡Nada menos! Y nada más. Bienvenida sea la cultura.

Su tesis central: existen múltiples remedios naturales para nuestras enfermedades; una

inmensa, y en buena medida desconocida farmacopea vegetal a la que todos tenemos derecho. Y se encuentra disponible muy cerca de donde vivimos cada uno de nosotros. Pero un enemigo muy potente trata de impedirlo: la Industria Farmacéutica; que en este sentido relevaría, a su juicio, en maldad y voracidad ¡a la Iglesia Católica!

El film apenas dura 35 minutos, el fruto destilado de más de 150 horas grabadas a lo largo de tres años de viajes por el mundo. En los breves testimonios recogidos en la película se reitera una



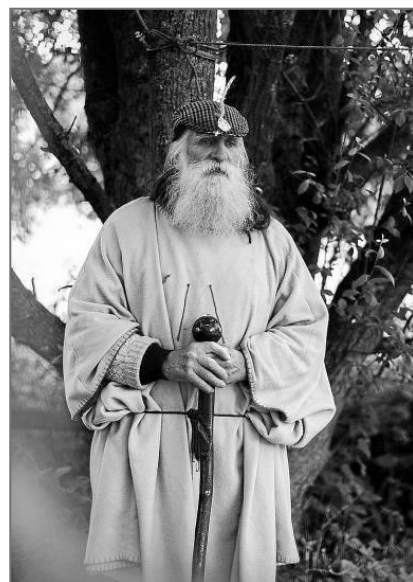
sorprendente unanimidad: la Iglesia Católica habría perseguido encarnizadamente a quienes, en comunión con la Naturaleza, practicaban tales remedios y transmitían tan ancestrales conocimientos; ya fuera en Francia, Inglaterra, Navarra, Alto Amazonas o la selva lacandoniana. Druidas, brujas,

hechiceros, magos..., todos ellos habrían sido sus víctimas propiciatorias. Ya se sabe: la Inquisición... ¡siempre con la Inquisición a vueltas! Y de paso, *Hijos de la Tierra* nos esclarecerá respecto al mismísimo Camino de Santiago; no en vano, según allí se dogmatiza, se trataría en verdad de una vía místico-iniciática ya pateada por los druidas celtas quienes, a su vez, aprendían –y enseñaban– sus remedios a cuantos semejantes se interrelacionaban con ellos. Vamos: una auténtica Alianza de las Civilizaciones en la prehistoria europea. Unos aprendices que, por si fuera poco, además eran músicos y trovadores. Precioso y conmovedor. Pero llegó la Iglesia y se acabó el invento; pues no hay película sin «malo» y que tal sea aquélla vende más. En suma: tópicos, mitos y leyendas «políticamente correctos»; unas cuantas frases repetidas hasta la saciedad en su vulgata pseudo-espiritual.

El autor, interpelado por un asistente a unos de esos eventos en Pamplona, reconoció en público que desconocía el alcance «ecologista» de la figura de San Francisco de Asís, y todo lo asociado con lo que se viene denominando como Teología de la Creación. Si el codirector ignoraba, al menos entonces, estos debates, más o menos comunes en ambientes de un nivel intelectual medio, nos preguntamos, ¿cómo iba a tener conocimiento, por ejemplo, de la mayor catástrofe ecológica perpetrada en el siglo XIX español por la tala de bosques a nivel industrial desplegada por los beneficiarios –y desde entonces ricachones– de las desamortizaciones eclesiásticas? Ciertamente, al amparo de monasterios y cenobios, el respeto al bosque y a los usos ancestrales asociados al mismo, eran práctica común en una sociedad tradicional insertada plenamente en la Naturaleza y al servicio de sus moradores: si un árbol era talado, se plantaba otro, por ejemplo.

Mucho tememos que el dicharachero director y su séquito también desconocerán, entre otras, que los grandes tratados naturalísticos de tan despreciada Edad Media fueron obra de ¡religiosos y eclesiásticos cristianos! O que los únicos «médicos» de la época, además de los sanadores y expertos en hierbas del lugar, eran religiosos que servían al pueblo altruistamente con sus remedios... naturales, pues apenas existían otros. Y dejémonos, al respecto, de *Alquimias* y otras supuestas ciencias herméticas de las que tanto se escribe y tan poco se sabe con exactitud; seguramente por pertenecer tales al género de la fantasía y el deseo. Unas pseudo-ciencias que, según viene relatando en sus encuentros, también atraerían al señor Uriz, al igual que a la inmensa legión de las cada vez más numerosas «disciplinas» de la *New Age* y las denominadas «ciencias ocultas».

No obstante, aunque el documental «haya ido a lo fácil» –arremeter contra la Iglesia es, hoy en día, salvoconducto seguro de respetabilidad cultural y política–, no por ello carece de ciertas



Un druida protagonista, entre otros, del corto de Javier Uriz

virtudes. Una buena fotografía, música sintética relajante, imágenes evocadoras desde una perspectiva pedagógica, y una buena admonición final a base de sentidas intenciones con las que casi todo el mundo puede identificarse: practicar un menor consumismo, buscar un mayor autoconocimiento, respeto a la Naturaleza, paz y amor; mucho amor, el nirvana aquí y ahora, oiga. Pero todo ello sin pasarse: nada de propuestas de decrecimiento al estilo de autores izquierdistas, caso de Serge Latouche; por cierto, muy bien acogidas por intelectuales neoderechistas como Alain de Benoist. No en vano «a todos nos gusta vivir bien», que dicen los/as chicos/as de la «izquierda-caviar».

Un acervo, el de *Hijos de la Tierra*, muy difundido y aromatizado con un tufillo variedad «Código Da Vinci»: la «Madre tierra» por aquí, la «unión materia-espíritu» por allá, la «conciencia cósmica» acullá. Una emanación más de las vaporosas e irracionales corrientes de la *New Age* contemporánea y, más concretamente, de los gnosticismos.

A decir de Alberto Buela, por *gnosis* debe entenderse –según refiere en un esclarecedor y sintético artículo publicado en *Razón Española* allá por 1998– a «aquel tipo de saber que privilegia el conocimiento intelectual como acceso a la vida del espíritu. Gnóstico y gnosis significan en griego conocimiento, instrucción. Pero este conocimiento no es de tipo popular sino más bien elitista [...] Se trata de combinar las categorías del saber filosófico corriente con un fondo de aspiraciones religiosas indeterminadas denominadas primordiales».

Nada nuevo bajo el sol pues, tal y como se dice en Rusia, «cuando se deja de creer en Dios, se cree en la herradura». De hecho, múltiples polémicas diversas aparte, si algo trajo el cristianismo fue la liberación de primitivas supersticiones, de la esclavitud de horóscopos y predicciones, del *fatum* que aterrizzaba a los antiguos. Dios hecho hombre y compañía para el hombre; devolviéndole su rostro verdadero. Así que se les acabó el negocio a sinvergüenzas y charlatanes. Pero están regresando y están entre nosotros: la herradura de nuevo y en múltiples variedades aptas para el voraz consumismo que se nos ha desatado.

Este recorrido por el mundo de las ideas que nos muestra Javier Uriz no es nada original. Así en esta obra perpetra y propone los mismos atajos intelectuales que múltiples gnosticismos efectuaron análogamente a lo largo de los siglos en fingido contraste con las estructuras mentales y materiales de las que denominan despectivamente «religiones jerarquizadas»: confusión conceptual, panteísmo descafeinado, polémicas problematicistas, caprichos subjetivos, sentimentalismos extremos, liderazgos carismáticos indiscutidos... De este modo, Buela, en el citado texto, ejemplifica la situación así: «Nuestros gnósticos contemporáneos, pretendiendo seguir a Nietzsche, niegan toda metafísica occidental y dan un salto hacia atrás de tres mil años pero, sin siquiera tomarse el trabajo, al menos, de explicar sus proposiciones apodícticas como hizo Nietzsche con las suyas. Así, por ejemplo, sostienen que el *Asgard* de los *Edda* es la residencia de los *Aswen* y el de los reyes divinos primordiales. O, cuando tratan un tema histórico como de los templarios lo mitifican hasta hacerlos reaparecer en Guatemala». Y concluye: «La gnosis moderna es un atajo al saber porque no significa ningún esfuerzo, ni intelectual ni moral, como lo exige el acceso a la verdadera sabiduría –la filosofía griega, el derecho romano, la teología mística cristiana, la música clásica, el arte gótico, la pintura como *splendor veri*, etc.– dado que es una colección de términos esotéricos de cierta resonancia y frases crípticas más o menos ocurrentes, que cada autor acomoda a su gusto y *piacere*».

Un camino recorrido –vemos– por Javier Uriz, su equipo y toda una industria cinematográfica alimentada al calor de las subvenciones públicas y, por ello, sometida al poder y las modas dominantes. Y la prueba es ese galardón, *el Goya*; pues el documental rinde tributo a los tópicos



de los «políticamente correcto» destilados desde sus factorías culturales, impartiendo «doctrina»: dogmatizando y adoctrinando.

Hijos de la Tierra es una obra mediocre técnicamente hablando, intelectualmente paupérrima, sentimentalmente empalagosa...; un producto de marketing ideal para esta cultura de masas que, en nombre de la Tierra, de la Humanidad y del propio Hombre, reduce a la persona en un simple consumidor y productor acrítico, atomizado e ignorante. Y, por todo ello, manejable por el poder: el que sea y por cualquiera de ellos.

De ahí el título de estas reflexiones: un premio *Goya* y muchas imposturas... intelectuales.

Arnaldo Otegi, el cobarde

Nos habíamos prometido a nosotros mismos no escribir una línea sobre este miserable individuo. Pero levantamos la promesa por una vez para reproducir el editorial de La Tribuna del País Vasco en relación con esta alimaña. Merece la pena.

La tribuna del País Vasco

Hay gente que, como José Luis Rodríguez Zapatero en su momento, cree ver en los ojos de Arnaldo Otegi un futuro de prosperidad para el País Vasco. Estas personas harían bien en recordar de qué modo se desvinculó el antiguo proetarra de la banda criminal en la que ha forjado su «carrera». «¿Condena usted la violencia de ETA?», le preguntó el juez poco antes de madarle a prisión, y Arnaldo Otegi, la gran esperanza blanca del nacionalismo vasco siempre más preocupado por los ver-dugos que por sus víctimas, el gran referente de ese falaz pensamiento único presuntamente progresista que llama «izquierda abertzale» a los voceros de los asesinos, fue incapaz de responder y, nervioso, sin saber dónde meterse, contestó que no, que él no iba a responder a esa cuestión.

Arnaldo Otegi ha sido siempre, por encima de cualquier cosa, un vulgar cobarde. Cuando ETA



asesinaba un día sí y otro también, él sabía que el terrorismo etarra estaba condenado a desaparecer, que la banda criminal se había convertido en una mafia alimentada cada vez en mayor medida por el tráfico de drogas y que el independentismo político vasco que él decía defender no tenía ningún futuro bajo la tutela infernal de una pandilla de psicópatas ignorantes y fanáticos, pero, a pesar de todo eso, él, temeroso, escuchaba, callaba, agachaba la cabeza y, en sus múltiples

escapadas al sur de Francia, otorgaba... a ETA.

Hoy, Arnaldo Otegi, el bravucón testaferrero de los criminales que tanto encandila a políticos indecentes, intelectuales apesebrados, periodistas ignorantes y presentadores idiotas, ha salido de la cárcel mientras los vivos a ETA retumbaban a su alrededor, y ha quedado en libertad sin condenar los crímenes de ETA, sin reconocer el daño causado a las víctimas, sin arrepentirse de sus delitos y, por supuesto, sin colaborar con la Justicia.

Hasta llegar a este punto, y durante su estancia en prisión, Arnaldo Otegi recibía todas las semanas la visita de un masajista, pagado con dinero público, que le proporcionaba fricciones lumbares para combatir los presuntos dolores de espalda que padece el miserable. Probablemente, mientras recibía las friegas, pergeñaba la Batasuna del mañana que, a pesar de todo, nacerá nuevamente sujeta y subyugada al estigma de unos míseros asesinos cuya presencia no desaparecerá mientras de este partido no desaparezcan tantos personajes que,

como el mísero Otegi, han construido su vida política, y su vida a secas, gracias al tiro en la nuca, los secuestros y la «socialización del sufrimiento» promovidos por los terroristas.

Otegi, el cobarde, ha salido de la cárcel. Y, a partir de ahora, sus palabras serán muy importantes para quienes tan habituados están a contemporizar con el horror, para quienes piensan que por ponerse cerca de los asesinos son más progresistas que nadie (el gran drama de la izquierda europea desde los campos de concentración estalinianos) y para tantos miserables como abundan en las televisiones y en algunos periódicos de este país defendiendo y vendiendo la idea de que, en España, lo que se necesita urgentemente es que las víctimas... pidan perdón a sus verdugos.

Autoflagelarnos

Serafín Fanjul

Arabista. Miembro de la Real Academia de la Historia

Bandas de rubicundos jóvenes airados asaltan a viejecitas musulmanas que aguardan el autobús, otros salvajes similares manosean y –si pueden– violan a moritas con pañoleta y todo, azuzados por párrocos trabucaires empeñados en ofrecerles el Paraíso a precio de ganga, mientras círculos más exquisitos perpetran sangrientos atentados allende: comandos de bávaros, suecos o leoneses meten bombas en el metro de El Cairo, en los simpáticos ómnibus rurales de Gran Cabilia, en los cines de Casablanca. Su justificación siempre es la misma: lo hacen por Dios para doblegar a los infieles y llevarlos al buen camino.

En el ínterin, flotillas de pateras zarpan atestadas de bretones, murcianos, hamburgueses (y hamburguesas) desde el cabo de Gata, Zahara de los Atunes, Fuengirola... En el mar de Alborán las humanitarias Armadas de Argelia, Marruecos y Túnez ayudan a llegar a las playas a los inmigrantes que, no por hambreados, han renunciado al rencor. Pero allí mismo, en la beiramar, les esperan imanes bondadosos y jovencitas solidarias, con su buen velo por la cara, que les brindan tisanas y mantitas.



Y mientras numerosas asociaciones cívicas –de las que tanto abundan en los países musulmanes– y seráficos alcaldes e inexistentes alcaldesas defienden su derecho a entrar por donde les pete, sin documentación ni permiso alguno, el Gran Sheij de al-Azhar, prevaleciéndose de su autoridad moral, sentencia que el cristianismo es una religión de paz porque, no nos confundamos: no todos los cristianos son terroristas y no debe incitarse al odio contra ellos, ni siquiera exhibiendo inanes pancartas, o camisetas no menos bobas pero a la moda, con leyendas tales como «Yo también soy El Cairo», «A mí también me mataron en Cabilia» o «Yo también soy [el periódico] al-Ahram», víctimas todas de la vesania cristiana. Las llamadas contra el odio proliferan y se habla de endurecer los códigos penales para mejor perseguir a quienes rezonguen por los atentados. Pero dejemos el chiste.

Ante el panorama actual, con gobiernos europeos que proclaman a gritos su inepticia cuando no su connivencia –¡qué decepción, Sra. Merkel!– con el chantaje turco, refugiados mediantes, o la incapacidad de combatir de manera radical el terrorismo islámico, resurgen entre nosotros (no sólo en España, no nos creamos tan excepcionales) los espectros de Franz Fanon, Susan Sontag, Eduardo Galeano, Chomsky... que vienen a regañarnos de nuevo por nuestras maldades. Frente a la invasión incontrolada y el terrorismo, más incontrolado aún, imitadores poco instruidos –¿ustedes se han percatado de cómo habla y escribe la alcaldesa de Madrid?– no se apean de las

cantaletas de los años sesenta sobre «nuestras culpas» en el Tercer Mundo. Descubridores, eso es lo que son: unos descubridores, de cerebros lúcidos y generosidad insobornable. Si achicharran con bombas o metralla a europeos de acá o acullá es porque algo habremos hecho.

Todos, en bloque, sin matices temporales, ni nacionales o de ocasión, rediviva la aburrida tesis de las culpabilidades colectivas: todos los judíos, todos los alemanes, ahora todos los europeos. Desde Rómulo y Remo hasta el último crío nacido en Manoteras, inmigrantes excluidos, claro.

Estamos condenados a «reflexionar sobre cómo se engendró» el odio que pone las bombas, mientras los escrachistas profesionales lucen careta de buenistas y justos jueces. Quienes sostuvieron, sin inmutarse ni soltar la carcajada por su propia impudicia, que J. M. Aznar fue el culpable de las bombas de Atocha, en estos momentos regresan con argumentaciones infantiles de buenos y malos y sin más conocimientos sobre el islam que sus mismos lemas y consignas.

Es preferible flagelarnos con oscuras culpas a reconocer que la Primavera Árabe fue una filfa sangrienta desde sus inicios; que Estados Unidos juega una carta de doblez infinita consintiendo



que el absceso del Estado Islámico (en árabe se llama Dawlat al-islam o ad-Dawla al-Islamiyya, o sea «Estado Islámico»: aclaración para periodistas amigos y tertulianos varios) se eternice en el costado europeo, porque es, literalmente, increíble que con los medios de detección, comunicación y destrucción de que dispone la aviación americana no hayan podido en más de dos años acabar

con las caravanas de miles de camiones que roban el petróleo hacia Turquía; es imposible ignorar que ese país está utilizando a los refugiados para extorsionar a la Unión Europea, mientras soltamos dineros que se comerá la corruptísima burocracia turca y se avanzan promesas de integración total en Europa y vista gorda para poder exterminar impunemente a los kurdos; desconocer que Arabia Saudí niega con una mano cuanto hace con la otra y olvidar, en suma, que hasta la intervención rusa nadie intentó frenar en serio a los terroristas constituidos en estado.

Y el terrorismo islámico, bien clavado en el corazón de Europa, gracias a unos políticos que –en casi todos los países– no quieren asumir responsabilidades más crudas que incómodas y se atrincheran tachando de racistas, xenófobos o nazis a quienes tan sólo se han cansado de padecer los efectos de tanta incompetencia: en Alemania, Pegida y Alternative für Deutschland son –dicen– nazis; en Francia, el Frente Nacional es fascista; en Bélgica buscarán por algún resquicio la sombra de Leon Degrelle; en España, cualquiera que disienta del rebaño, facha.

Si gentes de una religión y pretensiones muy claras y determinadas ponen bombas, el problema no son ellos sino el racismo, pero yo no veo a los cruzados, ni a otros cristianos actuales, asesinando, quemando, violando o esclavizando a nadie en Asia, África o Europa. Si de una tacada asesinan a doscientas personas o incendian cinco iglesias coptas, bandadas de periodistas de por acá nos previenen de los peligros de la xenofobia, porque no todos los musulmanes son terroristas, aunque nadie pueda mostrar sino casos –por fortuna raros– aislados y bien condenados de acciones contra inmigrantes. Puestos a censurar el odio sólo recuerdan el de menor cuantía y gravedad.

Absténganse de opinar los familiares de muertos en Madrid, Londres, París o Bruselas, las chicas sobadas o violadas en Colonia o los cristianos degollados por el Estado Islámico: aquí sólo hay sitio para los belgas del rey Leopoldo en el Congo de hace un siglo, los colonos franceses de Argelia o los jawagas de Egipto por las mismas fechas. ¿De verdad los políticos creen que Europa no despertará nunca y les pedirá cuentas?

Tomado de *El Manifiesto*

Echenique la confesión olvidada del científico podemita

Pocos conocen el curioso dato del podemita que ostenta doble nacionalidad, la argentina y la española, pero ahí está en forma de carta pública que lanzó como quien no quiere la cosa en el año 2013: una confesión en toda regla que sorprende al más pintado y que da cuenta de su viraje político.

Y es que Pablo Echenique, el flamante secretario de Organización tras quedar relegado a «primer espada» del partido morado en Aragón, estaba afiliado a Ciudadanos y defendía a capa y espada la intervención de EEUU en la polémica Guerra de Irak en 2003:

Me parecía apropiado que EEUU invadiese Irak, pensaba que la «libertad» estaba por encima de todo, y creía en todos esos eslóganes que los asesores capitalistas le susurraban a ZP en el oído.

Lo cuenta en la citada misiva este político y científico nacido en Rosario (Argentina), quien justifica su inmersión en el partido de Albert Rivera de esta guisa:

Y sin embargo, hace unos días, un amigo me recordó que yo no sólo voté a Ciudadanos, sino que estuve afiliado a ése partido hace unos años, y me propuso escribir un post acerca de «no en qué se equivoca alguien, sino en qué te equivocabas tú». Mi amigo me conoce hace mucho y sabe que yo antes era neoliberal (en mi etapa de Ciudadanos ya me estaba moderando).



Zapatero

Las referencias contra el expresidente del Gobierno José Luis Rodríguez Zapatero, ahora defendido en ciertos términos por algunos nombres de Podemos en contraposición a otros socialistas como Felipe González, Susana Díaz o el propio Pedro Sánchez, también eran una constante en el ideario de Echenique:

Incluso los políticos más idealistas, como nuestro ahora añorado Bambi ZP, tienden a sucumbir a los deseos de los señores de la chistera por un motivo bastante simple [...] ZP, aunque fumaba

perejil y creía en el amor, no tenía a Ada Colau asesorándole, tenía a Pedro Solbes.

En el mismo escrito, Echenique reconoce lo que le cuesta verse reflejado en esas ideas que defendía:

Me cuesta trabajo imaginarme a mí mismo pensando eso, pero es un hecho. Lo pensaba. –Algo que le llevaba a preguntarse lo siguiente en los meses previos al nacimiento de Podemos–: De más compleja digestión que los hechos son las explicaciones: ¿Cómo puede ser que pensase eso?

Echenique sigue dándole vueltas a cómo pudo pasarle algo así:

Pues bien, lo primero que he de decir es que no es nada sencillo estar seguro de los motivos de un cambio radical en un cerebro humano. Es algo que ocurre poco a poco, pero también a saltos, y la mente nos suele mantener bastante a oscuras respecto de lo que está pasando entre bambalinas.

Me fui de mi país porque no tenía ninguna oportunidad, me acogisteis en España, me cuidasteis por mi enfermedad y me reconocisteis una discapacidad del 88% para poder cobrar, pude estudiar una carrera gratis y sacar un doctorado, gracias a vosotros y vuestros impuestos me disteis una vida mejor, ¿como os lo agradezco?



Por ejemplo, yo hace unos años era muy raro con la comida, «no me gustaba» casi nada, y, en un mes o dos, pasé de ese estado (que me había acompañado 27 años de mi vida) a comer absolutamente de todo.

Teniendo en cuenta que la susceptibilidad a cosas supuestamente «asquerosas» ha sido relacionada con el conservadurismo político, quizás hay algún motivo estructural y casi biológico por el que ambos cambios se produjeron en mí sobre la misma época. Pero también creo que hay motivos más racionales y más descriptibles.

Encuentra más culpables, y recuerda que

los medios de comunicación son tan sólo el instrumento de propaganda de la élite, y cualquier joven nacido antes de Internet creció con el mismo mensaje llegándole de todos los ángulos: «los ricos son buenos y trabajadores», «el capitalismo es bienestar, libertad y amor»... «Por ello, creo que no hay que ser muy duro con mi yo pasado, y de hecho con nadie que haya sucumbido a la propaganda. Lo fácil era sucumbir. Lo difícil era ver la realidad detrás de la manipulación.

Así, un joven físico, racional pero que nunca había estudiado (ni se había preocupado por) la historia o la economía, que, cuando leía, leía física o ciencia ficción, era la carne de cañón óptima para comerse el guiso ideológico de la chistera. Y se lo comió bien calentito. Luego llegó Internet, algunos amigos más cultivados, y el joven fue aprendiendo cosas que no sabía. Aún sigue aprendiendo, por supuesto, y aunque ahora come de todo, la propaganda la vomita. Cuando le preguntan que por qué cambió de opinión, contesta: “Es que he leído”.

En cualquier caso, ya le vale. Si vas en silla de ruedas y ves cómo les regalan a los señores de la chistera el presupuesto de 36 años de la ley de dependencia (algunos menos antes de los últimos recortes) mientras planean que las mujeres sigan haciendo gratis o por una miseria el trabajo que han hecho “toda la vida”, se te debería pudrir la mano si votas a según qué partidos, y se te debería salir el cerebro por las orejas si te crees la propaganda».

Tomado de *Periodista Digital*

Cosas del progresismo del cambio

Empleo basura en la compañía de Begoña Gómez, que contrata a comerciales con un sueldo base mísero

Pedro Sánchez, postulado para el próximo 26-J como «presidente» del Frente Popular que podría liderar un bloque de izquierdas con los comunistas de Podemos e Izquierda Unida (si acaso no es rebasado por ellos), tiene ahora un problema con el empleo de su esposa, Begoña Gómez.

La que podría ser primera dama de España dirige y es socia de una compañía, Inmark Europa S.A., que se dedica a contratar vendedores para realizar campañas comerciales por obra y servicio. El problema es que para ello hace incorporaciones míseras, con comerciales que cobran 400 euros por 40 horas semanales.

Publica *okDiario* la información, con citas directas de exempleados:

La mayoría de la gente acaba abandonando, porque no puede aguantar el ritmo y la presión brutal con la que trabajas. El jefe de ventas te llama a mediados de mes y te dice: recuerda que tienes hijos y tienes que pagar la hipoteca. A este paso no vas a cumplir el objetivo de ventas. No olvides que si al terminar el mes no lo has cumplido, te vas a la calle.

La mujer de Pedro Sánchez, Begoña Gómez Fernández, era accionista y consejera de una consultora, denominada Task Force SA, que llegó a facturar cerca de 4 millones de euros en 2013. La firma fue absorbida en junio de 2014 por la multinacional Inmark Europa SA, de la que Begoña Gómez se convirtió en socia y directora de consultoría comercial. La empresa se presenta como «un grupo de consultores especializados en la inteligencia comercial y el desarrollo empresarial» con «una cartera de más de



2.000 clientes, principalmente de los sectores financiero, telecomunicaciones, seguros y de la Administración pública».

A través de varios portales de empleo de Internet, la empresa de Begoña Gómez ofrece actualmente trabajos a media jornada para captar socios de varias ONG por 600 euros brutos al mes. Para poder alcanzar los objetivos marcados, muchos comerciales tienen que duplicar la jornada, por un sueldo que no alcanza el Salario Mínimo Interprofesional (fijado en 655 euros al mes). Hasta hace pocas semanas, la empresa de Begoña Gómez también buscaba programadores de leguaje C «sin experiencia» a jornada completa por un sueldo bruto de entre 600 y 900 euros al mes. Una cifra que resulta especialmente chocante, si se tiene en cuenta que los informáticos se encuentran hoy entre los puestos más demandados en el mercado laboral.

En otros casos, como el que reproducimos sobre estas líneas, Inmark ofrece empleos a media jornada con un sueldo bruto mensual de «entre 450 y 1.200 euros». Ex empleados de la compañía señalan que, con mucha frecuencia, para conseguir el sueldo mínimo de 450 euros al mes es necesario trabajar al menos ocho horas al día. Algo que resulta ilegal, pues el Salario Mínimo Interprofesional (SMI) está fijado en España es 655 euros al mes.

Inmark también busca teleoperadores en Sevilla a media jornada, con al menos dos años de experiencia, y comerciales para vender tarjetas de crédito en la estación de Sants, en Barcelona, y en la estación de Metro Príncipe Pío de Madrid.

Periodista Digital

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.